

Biblioteca-Films

LA TERRIBLE COQUETA

Nºm. 136

25 cts.



PAULINA GARON
IRENE RICH
CLIVE BROOK

CROSLAND, Alan

Biblioteca FILMS

E LA SUPREMACIA

A TERRA

CCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 284 - Teléfono 958 G

BARCELONA

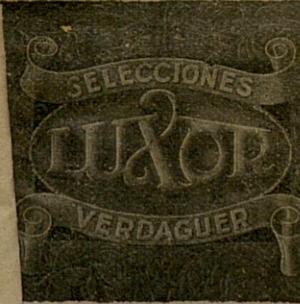
Núm. 186

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Terrible Coqueta

(COMPROMISE, 1925)



COL·LECCIO

BARCELONA

CATALANA

EXCLUSIVA:

TOGRÁFICA VERDAGUER, S. A.

de Ciento, 290 - BARCELONA

MENTO DE ESTA PELÍCULA

PERSONAJES

Natalia	PAULINA GARON
Juana Trevore	IRENE RICH
Alan Thaylor	LUISA FAZENDA
Nemesia	CLIVE BROOK
Harrington	Raymond Mac Lee
El Comodoro Smithson	Edouard Martindel

I

Juana Trevore se halla en ese momento que algunos han querido llamar feliz porque es la esperanza y como la aurora de una vida nueva: queremos decir el momento que precede al enlace matrimonial, la víspera de la boda. Pero es un momento muy poco feliz para la mayoría de las mujeres conscientes que van al matrimonio impulsadas por un amor verdadero. Poco feliz decimos porque la mujer que piensa, al verse en el borde de esa nueva vida—que las que la ven de lejos, consideran como jardín ameno y paraíso de delicias—tiembla al alcanzar con el pensamiento las terribles consecuencias de aquel paso supremo dado en falso... “¿Haré yo feliz al hombre que va a ser mi marido? ¿Congeniaremos? ¿Será verdaderamente el hombre que he visto hasta ahora en mi trato superficial con él?”...

Estas y otras muchas preguntas de carácter más íntimo y delicado acuden a la mente de la doncella que se halla en los umbrales

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.

del día que va a entregarse en cuerpo y alma al hombre escogido como compañero de su vida para formar una nueva familia.

Decimos, pues, que Juana Trevore, la novia más bonita y buena que puede darse, se halla en vísperas del gran día que va a pertenecer toda entera a su novio Alan Thayer, al hombre a quien ama con ese cariño tan profundo de quien desde la infancia ha dejado penetrar en el alma ese afecto que forma raíces tan profundas que difícilmente se pueden arrancar.

Tanto Juana Trevore como Alan Thayer pertenecen a ese sector de la sociedad que llaman afortunados porque les sobra dinero para no preocuparse del mañana.

Hállase Juana Trevore en sus habitaciones particulares entre telas, joyas, flores y cintajos. Sus modistas le prueban los vestidos que ha de lucir en el momento solemne.

De pronto penetra, llevando un magnífico ramo de rosas y camelias, su camarera Nemesia, una rubia tan linda como lista, pizpireta y fiel a su ama: una ardilla en forma de mujer bonita.

Juana Trevore abrazó contra su pecho el ramo, aspirando la fragancia de las rosas. Luego tomó del centro del mismo un sobre chiquitín y lo abrió. Una sonrisa iluminó su semblante. Como un rayo de sol que colorea la flor y la vivifica, así las frases de aquella misiva removieron su sangre y le hicieron palpitare con fuerza sus sienes y su corazón.

Decía así la perfumada y orlada tarjeta:

*A la más dulce, a la más bella de las flores
que deben perfumar el jardín de mi vida, a la
que pronto debe ser mi esposa sean estas flo-
res perfumadas mensajeras del amor de su
Alan.*

Volvió Juana a abrazar el ramo, besando las flores y acariciándolas como si fuesen la representación e imagen de un ser vivo. Apoyaba en ellas su carrillo y semicerrando los ojos en actitud soñadora se ensimismó en dulces pensamientos de amorosos anhelos.

Ahora está sola y un diálogo se entabla entre su alma y la de él, que viene como palpitando en el ambiente oloroso de aquellas flores. Diálogo espiritual y mudo que enardece su corazón, cuyo tie-tae no dice más que dos sílabas repetidas sin descanso: ¡A-lan! ¡A-lan!

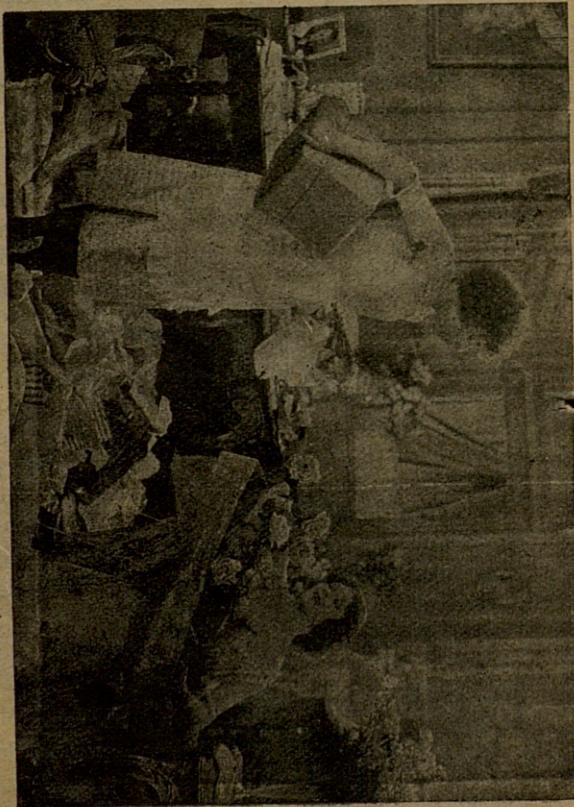
Se sienta ensimismada en una oleada de ensueños y saborea por adelantado las mieles de su próxima luna.

—¿Se puede?—pregunta Nemesia desde la puerta.

Juana hace un movimiento brusco, como el de quien es sorprendido cometiendo una acción reprochable.

—¿Qué?—inquiere en su sobresalto; mas respuesta de él: ¡Ah!, ¿eres tú, Nemesia?—dice—. ¡Adelante!

—Una caja y esta carta,



De pronto aparece su camarera Nemesis, llevando un magnífico ramo de flores. (pág. 41)

Y la criada, después de entregárselas, salió.

—Es de Natalia—musitó Juana al contemplar la letra del sobre y el marbete de la caja.

Abrió ésta que contenía una preciosa muñeca de porcelana que la hizo sonreír maliciosamente. La carta decía:

Mi querida hermana: Si el tren y el barco son puntuales, es posible que llegaré a tiempo para asistir a tu boda; aunque nada hay cierto en este mundo... ni las promesas de los hombres—aunque tú creas lo contrario.

Te mando como mi regalo de boda una muñeca para resarcirte de aquella que te rompí cuando éramos niñas. Te deseo mil felicidades.

Acabo de obtener mi divorcio en París y me embarco inmediatamente para esa. Esperando llegar a tiempo para abrazarte.

Natalia.

Al terminar de leer esta carta, Juana Trevore se acodó en el sofá, en cuyo extremo se sentaba y musitaba:

—Nunca podré olvidar lo que Natalia me recuerda en su carta.

Y su espíritu se trasladó a la feliz edad de su infancia en que con su hermanastras Natalia vivían en compañía de la madre de ésta, viuda del padre de ambas.

Describamos en capítulo aparte la visión de Juana Trevore.

II

Los señores de Trevore pasan las vacaciones estivales, acompañados de sus dos hijas, en un delicioso paraje de La Florida, en casa de su propiedad rodeada de alegres jardines y lagos deliciosos.

Juana, de catorce años, hija del señor Trevore—casado en segundas nupcias—tiene un carácter plácido y es buena y cariñosa; Natalia, la hija, de doce, es inquieta, mandona, traviesa y antojadiza. Es la niña mimada de la casa; mientras que Juana es la Cenicienta y como el recipiente de todos los regaños de madre e hija.

Muy cerca de la casa habitada por estas cuatro personas, vive la familia Thayer, compuesta del matrimonio y un hijo, Alan, de quince años.

Hállase Juanita jugando con una muñeca cerca de la verja del jardín, cuando se oye llamar:

—¡Juanita!... ¡Juanita!

Siempre obediente, la niña se levanta y corre a la puerta de su casa, donde, en pie y en actitud airada se halla su hermanastra, a quien pregunta con dulzura:

—¿Me llamas, querida Natalia?

—Dame esa muñeca.

—¿Por qué me la pides? Tú tienes muchas muñecas y yo nada más que ésta.

—Dame esa muñeca o lo diré a *mi* mamá, porque tú eres sólo mi hermana a medias.

—Es *mía*.

—Trae acá—y al decir esto le arrancó la muñeca de sus manos.

En aquel momento aparece la señora Trevore y encarándose con la sufrida Juanita, la reprende:

—¿No te da vergüenza, siendo la mayor, maltratar a la *pobrecita* Natalia?

—Pero, mamá, si es ella que me ha quitado la muñeca que me ha regalado Alan.

—Ahora te la voy a devolver, pero... reformada.

Y al decir Natalia esto, la estrelló contra la valla, haciéndola añicos.

En este momento llega un niño corriendo. Es Alan, el vecinito y compañero de juegos infantiles de las dos niñas.

Alan simpatiza, sin embargo, más con Juanita que con su hermanastra. El carácter hurón de Natalia le repugna.

Alan ha visto la acción de Natalia y la reprende. Juanita defiende a su hermanastra:

—No la riñas, Alan. Natalia no tiene la culpa. La he roto yo sin querer.

Y Alan, que había presenciado la acción de Natalia, comprendió los tesoros de bondad que encerraba el alma de aquella niña y la amó cada día más, hasta que ha llegado a la edad de elegir esposa. “Qué mujer mejor que Juanita me podrá hacer feliz en mi vida matrimonial?” Así pensó Alan y hoy está en vísperas de ser el esposo de Juanita Trevore,

III

En casa de Alan Thayer se realizaban activos preparativos para el momento solemne.

Los amigos del novio han acudido a su casa para despedirle de la vida de soltero.

—Amigos míos, estoy dispuesto a dar el gran paso.

—Siempre te habíamos tenido por un hombre, Alan—peroró uno—, mas nunca creyéramos fuéras un héroe.

—Por qué, amigos míos?

—Porque vemos en ti esa estoica tranquilidad doce horas antes de tu casamiento.

—Es que no conocéis a Juana... Es un ángel.

—Malo!... Yo preferiría casarme con una mujer.

El padre de la novia vino a interrumpir este diálogo.

El señor Trevore a más de su fortuna cuantiosa, había legado a su hija un bien inapreciable: su carácter firme y entero.

El señor Trevore y su futuro yerno se sentaron en dos sillones contiguos. Y empezó el capítulo de consejos:

—Alan, creo que serás feliz. Conoces a Juana desde la infancia y de este detalle depende el bienestar de tu nueva vida. Procura no defraudar nunca su delicado idealismo. La ilusión es mucho más delicada que el capullo de una flor, por eso debes procurar que el sopló helado de la realidad, muchas veces tan prosaico, no marchite sus ensueños de doncella. Sé bueno para ella y préstale siempre tu apoyo, pues la vida de la mujer casada es un camino que ella debe recorrer apoyada en el brazo de su marido.

IV

Fué un día de sol y de alegría que daban un singular realce a los naturales encantos de la bellísima novia con su traje blanco de gran cola, sostenida por gentiles pajés.

Asistieron a la ceremonia nupcial cuantos significaban algo en el mundo en que viven los contrayentes.

—¿Quiere usted como esposa a la señorita Juana Trevore?

—Sí, padre—contesta con voz viril el novio.

—¿Quiere usted por marido a Alan Thayer?

—Sí, padre.

Después de las bendiciones de ritual, Juana y Alan entran en la realidad de un sueño largamente acariciado.

En el preciso instante en que los novios se disponen a salir del templo, entra en él Natalia, un tipo menudito, rubia, viva y movida como el azogue, muy elegante y de facciones bonitas. Va seguida de un su admirador, un

pollito bien que pinta bastante mal, es decir, de sobrada mala catadura, por la faz de idiota que tiene. Se llama Harrington.

La hermanastra de Juana se planta ante los novios en las mismas gradas del altar y



— Ahora si que no te escapas. (pág. 16)

con una frescura siberiana les dice en alta voz:

—¡Oh!... ¡Qué vestido tan hermoso y qué casamiento tan rumboso!... ¡Estás encantadora, Juanita! Ahora pareces *aún* contenta... No desespero que un día cambies de opinión... Pero no te espantes, porque *afortunadamente* en

nuestro país existe el divorcio. Pero, vamos, vamos, no os entretengáis por mí.

No hay para qué ponderar la extrañeza de todos los asistentes, que quedaron admirados tanto de la frescura de Natalia como de su belleza.

¿Qué intenciones tenía Natalia al venir de París, después de divorciarse con su esposo?

Las mismas que, siendo niña, la impulsaban a querer hurtar a su hermanastra el afecto de Alan. Quiso Natalia impedir el casamiento de Juana con el hombre de quien está enamorada, y por eso ha venido dispuesta a enredar a Alan en las redes de su belleza. ¿Logrará su propósito?

Durante el banquete, y sobre todo durante el baile que siguió, Natalia no dejaba un momento al novio, con quien bailó y con quien flirteó; pero Alan, harto conocedor del carácter ligero de aquella mujercita traviesa, huía de ella como de un enemigo peligroso.

Natalia, sin embargo, alardeaba delante de su hermanastra de llegar a poseer tarde o temprano el corazón y... algo más de Alan.

Juana, en un momento que pudo hablar a solas con su esposo, le dijo:

—Ya ves, Natalia se propone martirizarme como en los tiempos de nuestra infancia.

—Nada temas. Como en aquellos tiempos, su envidia se verá castigada con mi desprecio.

—Ya ves, para mortificarme quiere prolongar

esta fiesta... ¡Marchémonos en nuestro auto a tu propiedad de la Riviera!

—Advierte a Nemesia que avise al chauffeur y dentro de un rato nos marchamos.

Sin saber cómo, entre dos bailes, y mientras los invitados pasaban al "buffet", donde se les servían pastas y champaña, los novios desaparecieron de la sala.

Cuando, al reanudar el baile, Natalia se dió cuenta de la desaparición de Alan y de Juana se enfureció. Y dijo a cuantos la rodeaban:

—¿Cómo?... ¡Han huído!... ¡No hay derecho!... Vamos a su dormitorio.

Mas en aquel momento se oyó la bocina del Re-Vere de Alan que parecía despedirse de los invitados. Todos se precipitaron a los balcones y vieron cómo el coche se perdía en la oscuridad.

—Esto es una burla—gritó Natalia—. Los novios, bajo el pretexto de... vaya, que ya me entienden—y guiñó el ojo—, no quieren que nos divirtamos. Vamos a hacerles una bromita... ¡Todos a la Riviera!... Allí los sorprenderemos saboreando la luna de miel... No hay derecho de que ellos saboreen la luna y nosotros hagamos los sonidos...

Todos, en tropel, se precipitaron en busca de sus respectivos coches que pusieron a toda marcha, dirigiéndose al poético escondrijo elegido por los recién casados para gozar en la

soledad las primicias de la felicidad matrimonial.

Allí habían sido acompañados por el ayudante de cámara de Alan y por Nemesia, la doncella de confianza de Juana. Ambos habían llegado en un coche tras de sus señores y los dos se querían y arrullaban como pichones, aprovechando el que sus señores no les diesen mucho trabajo.

La apacible felicidad de señores y domésticos no tardó en ser turbada por un ruido ensordecedor de bocinas, seguido minutos después por la irrupción de los invitados a la boda, a cuya cabeza iban Natalia y Harrison, el pretendiente de *la terrible coqueta*.

—Ya estamos aquí, amigos míos, y hemos traído a los músicos del “jazz-ban”... ¡A bailar!

Y al decir esto, Natalia agarró con fuerza a Alan y le dijo:

—Ahora sí que no te escapas... Vas a bailar conmigo todo el rato, ¿lo oyes?

Alan, hipnotizado por los ojos de diablesa de aquella mujer con cuerpo de chiquilla, obedeció como un autómata.

Juana, con triste continente, contemplaba, desde una galería alta, a su esposo cautivo en los brazos de su hermanastra.

Nemesia, la fiel doncella, notó la tristeza de su ama y quiso vengarse de quienes se oponían a la dicha de sus amos y a la felicidad de sus criados. Y tomado una lata de pimienta en polvo la sopló sobre los asistentes desde la galería que dominaba el salón de baile, como si fuese un palco. El baile tuvo que cesar porque aquello era un ataque de estornudos.

Alan no quiso perder esta ocasión y se fué en busca de su esposa, y aprovechando el desorden y la risa promovida por el ardor de la doncella, los novios volvieron a huir, siempre seguidos de los fieles criados, que iban en otro automóvil.

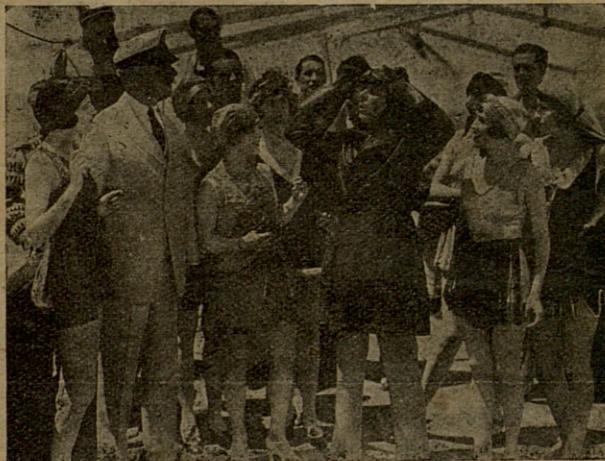
V

Han transcurrido unos días. *La terrible coqueta* no quiere dejar en paz a su hermanastra, pues se ha propuesto por todos los medios poseer a su marido, empleando todos los ardides a su alcance para lograr su propósito.

Y ya que veía a su cuñado irreducible porque Juana con su bondad influía en el ánimo de Alan para destruir la impresión que las palabras halagadoras de su hermanastra podían producir en su corazón, determinó valerse de un ardor infalible para substráerlo a la influencia de Juana.

Natalia había organizado, con la desfachatez y frescura en ella corrientes, una fiesta en casa de su hermana, disponiendo de ella como si fuese propia.

A la misma había invitado a sus poco es-



.. Todas aquellas bellezas femeninas aparecieron en traje de baño. (pág. 28)

erupulosas amistades y era constantemente acompañada por el insustituible e imbécil pretendiente Harrington, hazmerreír de los amigos de Natalia y secretario y como perro faldero de la inquieta rubia.

A esta fiesta—que consistía en mucho “jazz-

band”, mucho baile y mucho champán—había invitado Natalia al comodoro Smithson, del General Trust Bank.

He aquí el motivo o finalidad de esta invitación: Sabía Natalia que su cuñado estaba en tratos con el nombrado comodoro, con el fin de obtener una cuenta de crédito en la Unión o Trust bancario y concibió un propósito diabólico.

Durante la fiesta procuró coquetear con el comodoro, con el fin de hacérselo suyo, cosa muy fácil tratándose de una linda y graciosa mujer.

— Cuando vió que ya le había ganado el corazón, le llevó a sitio apartado y le dijo:

— Estoy enterada de las dificultades comerciales que impiden que a mi cuñado se le abra en el Trust una cuenta de crédito por la cantidad que solicita... No le ayudaría usted si yo le suplicara...?

— Según qué condiciones usted me hiciera.

— Ha dicho usted condiciones o concesiones?

— Lo último.

— Allá van. Organiza usted un crucero en su yate; por supuesto que yo formaré parte de los invitados con mis amigos y amiguitas... Con el pretexto de hablar con Alan de sus asuntos, usted le invita a una entrevista en su yate; pero sin decirle que vamos a emprender un viaje de recreo, porque de otro modo vendría con él su esposa. Mientras estén ustedes

en su plática, levamos áncoras y nos hacemos a la mar. Cuando Alan se aperciba, ya no podrá volver a su casa. Es una broma que le quiero jugar. Una apuesta que quiero ganar con mi hermanastra.

—¿Y dónde están las concesiones prometidas?

—Ya las estipularemos a bordo... Creo que nos hemos de entender.

—Acepto. Ahora voy a creder a Alan.

Un momento después, entre dos bailes, el comodoro Smithson cogió por su cuenta a Alan Thayer.

—Señor Thayer, tendrá mucho gusto en hablar con usted de sus asuntos financieros mañana en mi yate. Estoy en la mejor de las disposiciones hacia usted.

—¿Hora?

—A las once de la mañana.

Y la fiesta continuaba en medio de una algarabía infernal de la orquesta. Aquellas muchachas rodeaban a Alan con impertinente insistencia.

Juana, molestada por las locuras promovidas por su hermanastra, lejos de gozar en aquel ambiente de disipación, tenía el alma torturada. Ella, al casarse, había soñado con un nido tranquilo y Natalia había convertido su casa en un descocado cabaret. Aburrida y queriendo protestar de la intromisión de elementos extraños en el gobierno de su casa, determinó retirarse a sus habitaciones.

—Perdonen, señores—se excusó—, me encuentro indisposta; y además me cuesta trabajo hacerme a la idea de que me hallo en mi propia casa.

Y sin decir más, íbase a sus habitaciones; mas apenas había subido los primeros peldaños, Natalia, para ridiculizar a su hermanastra ante su cuñado, le dijo:

—¡Qué ridículo!... Tu mujer, Alan, ignora lo qué es la vida de sociedad.

—¡Juana!—llamó Alan acercándose a la escalinata.— ¡Juana!

La interpelada se volvió.

—Alan—dijo—. Júzgame como quieras, pero me parece que si me vieras mezclarme con ellos tendrías motivo para aborrecerme.

—¡Ja... ja... ja!—rió Natalia—. Amigos míos, abandonemos este palacio de la diosa “Aburrimiento” y vamos donde podamos dar rienda suelta a nuestro jolgorio.

Y todos los invitados siguieron a *la terrible coqueta*, insaciable de placeres, hasta uno de los cabarets aristocráticos del Broadway, donde prosiguieron sus locuras hasta bien entrada la mañana.

Entretanto, en el dormitorio de los esposos Thayer se cierne la primera nubecilla sobre el cielo de su dicha.

Alan, molestado, mejor dicho, imbuído por las palabras de mofa de su cuñadita, reprende suavemente a su esposa.

—Perdóname, Alan; pero me he sentido

impulsada a decir lo que pensaba en aquel momento. Ya sé qué a veces la sinceridad es una ofensa.

—Me ha molestado tu actitud.

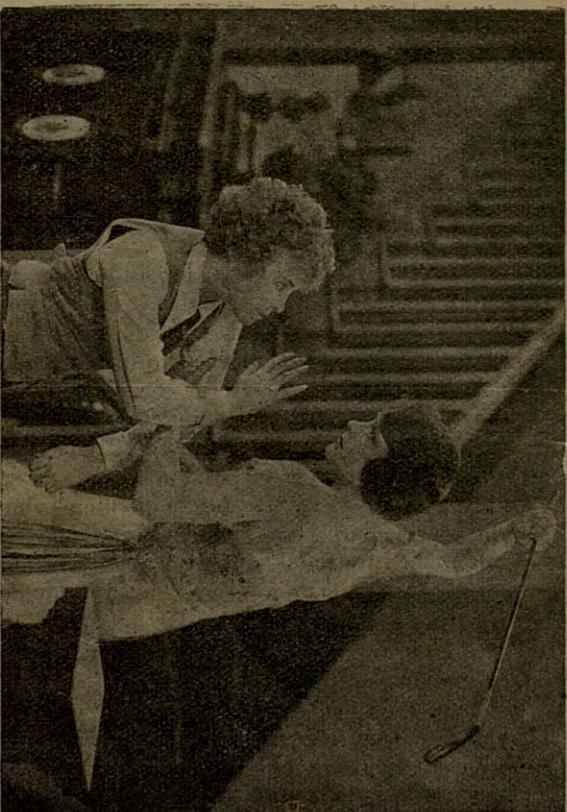
—Pues obraré siempre así, y no creo que sea correcto permitir en nuestra casa esta algarabía infernal.

Alan quedó ensimismado. Pensaba con sinceridad que su esposa tenía razón. A su mente acudían con insistencia las palabras que el padre de Juana le dijera el día antes de casarse: "Procura no defraudar nunca su delicado idealismo. La ilusión es mucho más delicada que el capullo de una flor"...

—Cierto, cierto — pensaba el señor Thayer —. Juana tiene razón. Es una santa... Y debo considerarme feliz de haberme casado con una mujer de su casa. Natalia es un demonio y quiere destruir nuestra felicidad.

Como vemos, en su fuero interno Alan daba la razón a su esposa; pero quiso sincerarse ante ella por permitir aquellas fiestas en su casa, fiestas que tanto molestaban a Juana:

—Las cosas no marchan como yo quisiera, y a veces hay amistades valiosas que me es preciso soportar, como la del comodoro Smithson. Tú ya sabes que tengo pedido la apertura de una cuenta de crédito en el Trust banquero; pues bien, el haber invitado a dicho señor me ha valido el que me conceda una entrevista en su yate mañana mismo.



Tomó a fustia que su hermanastro empuñaba y la descargó sobre ella... (pág. 31)

Con estas palabras Juana quedó más tranquila; aunque afirmó su deseo de que no quería que su casa, de hoy más, fuese un ridículo remedio de un cabaret.

VI

Al día siguiente, a la hora convenida, el automóvil de Alan Thayer se paraba en el muelle frente al Club Marítimo, muy cerca de donde estaba varado el yate del comodoro Smithson.

Este esperaba al esposo de Juana, quien no notó ninguna particularidad a bordo. Fueron ambos al camarote del comodoro y mientras conversaban aparecieron sobre cubierta Natalia, con toda la compañía de amigas, tan esquivanas como ella, indumentadas de marineras. Todas se habían escondido al ver llegar a Alan.

—Capitán—ordenó la irresistible coqueta—, leve áncoras y... ¡en marcha!

Minutos más tarde, el yate salía hacia la boca del puerto. Al notarlo, Alan Thayer se levantó,

—¿Qué es esto, comodoro?—preguntó.

—No se alarme... un paseo en alta mar le sentará bien, alejado de los negocios y preocupaciones.

—Pero...

—Nada, nada, el plan comercial que hemos de discutir requiere aislamiento y tiempo. Y a bordo, sin precipitaciones, podemos ponernos de acuerdo si usted no desprecia mi hospitalidad y compañía.

En aquel momento el yate dobraba la punta del malecón.

Sin llamar, Natalia hace irrupción en el camarote donde discuten Alan y el comodoro.

—Aquí me tenéis, señores financieros.

Alan abrió desmesuradamente los ojos estuporado; ahora lo comprendía todo: aquello era una encerrona preparada por su cuñadita.

—Querido comodoro—imploró Alan—, le suplico que ordene usted me desembarquen inmediatamente.

—Vamos sobre cubierta—invitó Natalia.

Allí, alineadas en correcta formación, Alan fué recibido con estridentes carcajadas por aquellas mujeres a cual más linda. El comodoro insinuó a su extrañado amigo:

—No me negarás usted que estamos en la mejor de las compañías para que nuestras sesiones pierdan el árido carácter de conferencias puramente mercantiles.

Natalia cogió a su cuñado por las manos y mirándole con ojos maliciosos, díjole:

—¡No comprendes, bobín, que todo es obra mía porque te quiero... ser útil en cualquier aspecto de la vida?... Nada, nada, desarruga esa frente y piensa que si para los demás se trata de una excursión de negocios, para ti y para mí de otro asunto más importante se trata... ¡Estamos!

—Pero Juanita...

—Para qué la necesitas estando yo a tu lado?

Alan hizo de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y siguió la broma pesada que le jugaba aquella ligera muchacha.

VII

Entretanto, en el hogar de donde huyeron la paz y el amor, Juana estaba desolada, no sabiendo a qué atribuir la tardanza de su Alan.

Dos días después de la desaparición de Alan, Juana recibió un radio concebido en estos términos:

Yate "Sultana", 28 septiembre.

Absolutamente necesario pase dos semanas en yate con comodoro, ultimar extenso plan campaña comercial.

Alan.

Y el mismo día, casi a la misma hora, el falso pretendiente de Natalia, Harrington recibió este otro radio:

Harrington, New-York:

Las sesiones con el comodoro son deliciosas y no olvides decirle a Juana que su marido no se aburre a bordo.

Natalia.

Juana quedó aterrada al recibir el parte. Su padre la consolaba, aunque todo fué inútil. Mientras hablaban padre e hija se presentó Harrington, quien enteró a Juana del radiograma mandado por su hermanastra, que leyó:

—Ya que desempeña usted el cargo de mensajero participe a Alan que me llevó a Juana a Rock Island—le dijo el señor Trévore.

Los días interminables y las largas noches sobre el mar—que mecía con maternal balanceo a la nave como si fuese una cuna—transcurren de fiesta en fiesta.

Natalia sentíase irresistible vencedora, y Alan juguete del destino y de la pérvida co-

quetería de aquella mujer tan tenaz como hermosa.

Aquella tarde, para alegrar al desventurado marido, separado a viva fuerza de su esposa, todas aquellas bellezas femeninas aparecieron sobre cubierta con ligeros vestidos de baño. Se paró el yate y como el mar estaba terso como un espejo todas se zambulleron en el agua en medio de grandes gritos y regocijo.

Después del baño, y cuando ya el barco había reanudado la marcha, el oficial de cuarto exclamó, señalando hacia el Oeste:

—¡Hidro a la vista!

Todos corrieron a la popa. El hidroavión voló sobre el yate y amaró a pocas yardas de su borda. Del aparato un hombre se arrojó al mar, y nadó hasta el casco del buque desde donde se le tendió una escalera.

Cuando el personaje que había llegado en el hidroavión estuvo sobre cubierta rodeado de toda aquellas ninfas se levantó el casco.

—¡Harrington!—exclamaron todos.

—Pero qué vienes a hacer aquí?—inquirió Natalia.

—A darte la contestación a tu radiograma.

—¿Cumpliste tu misión?... ¿Viste a Juana?

—La vi y su padre me ha recomendado te dijera que han salido para Rock Island.

—¡Ah!... ¿Sí?... Capitán—se impuso Natalia con imperio:

—¡Rumbo a Rock Island!

—¡A Rock Island!—gritaron todas aquellas muchachas.

—¡Froa a Rock Island!—ordenó el capitán al oficial de cuarto quien, a su vez, comunicó la orden al timonel.

VIII

Juana y el señor Trevore, su padre, se hallan instalados en una deliciosa casita situada en medio de un frondoso jardín. En aquel paradíaco rincón perdido en medio del mar buscaba la desengañada esposa olvido a sus pares.

Hacía dos días que padre e hija se hallan instalados en su nueva residencia.

Un grupo de jinetes de ambos sexos, después de inquirir el paradero de Juana, se apean a la puerta de su casita y penetran como una tromba en infernal algarabía hasta donde se hallan padre e hija. A la cabeza iba Natalia.

—¡Ya estamos aquí!—pronunció ésta.

—Trabajo me cuesta creer que os habéis vuelto locos—dijo el señor Trevore—. ¡Cómo

os atrevéis a insultar a Juana con vuestra presencia?

—Juana me ha desafiado diciendo que nadie más que ella ejercía dominio sobre Alan.

—Pero Alan es hoy mi esposo.



—¡Pédoname, Juana! (pág. 52)

—Alan fué también mi novio en la infancia y tú me lo quitaste, mientras yo estaba en el pensionado... Y hoy que mi amor propio está satisfecho y que me he vengado de tu desprecio, te lo devuelo.

Pronunció Natalia estas palabras con tal despectivo acento, que Juana tembló de cóle-

ra, su sangre fluyó a su rostro. Tomó la fusta que su hermanastra empuñaba y la descargó sobre ella, haciéndola caer al suelo con el rostro cruzado.

—Y ahora vete de mi presencia, si no quieres que te castigue como mereces. ¡Vete!

Las personas del carácter de Natalia, descaradas por naturaleza, son en extremo cobardes. Por eso la terrible coqueta no se hizo repetir la orden y salió avergonzada de la exceleniente lección recibida.

Natalia, al ver a Alan, a la puerta de la casa, díjole:

—Ahora puedes entrar, tu mujer ya se ha vengado.

Montaron todos para volver al yate, menos Alan, que quedaba indeciso a la puerta del jardín.

Antes de que la tripulación del yate pudiese llegar a bordo, se desencadenó el más terrible de los cicloens, conocido con el nombre de tornado. Los árboles eran arrancados de cuajo, las casas, todas de madera, completamente hechas trizas.

Durante el ciclón las personas se salvan de sus furias echándose al suelo.

Una hora después, tiempo que duró el tornado, el pueblo era un montón de ruinas.

Alan buscó a su mujer y la halló en un estado de excitación terrible.

Y como Juana al ver a su esposo le volvió el rostro, su padre le dijo:

—Créeme, Juana, Dios devuelve la paz y la felicidad a los que saben perdonar. Alan sólo ha sido juguete de la despechada Natalia.

—Perdóname, Juana. Fuí engañado—suplicó Alan cayendo de hinojos ante su esposa—. Ni un momento he dejado de recordarte, con ansias infinitas de volver a tu lado.

Esta cayó en sus brazos.

—¡Alan!... Volvamos a nuestro nido; la vida nos reserva aún días venturosos que nos harán olvidar las terribles amarguras pasadas.

Y comenzó para los esposos una nueva era, lejos de la influencia de *la terrible coqueta*.

FIN

Núm. 137 - BIBLIOTECA FILMS - 24 de Agosto

Más veloz que la muerte

Novela de amor y emocionantes aventuras,
según el libro de

EDMUND HERBERGER y el Dr. HERBERT NOSSEN

por los célebres artistas cinematográficos

Harry Piel, Dary Holm, Denise
Legeay y Marguerite Madys.

Postal:
NITA NALDI

25 céntimos

Biblioteca Films

(TÍTULO DE LA SUPREMACIA)

ha publicado ya los primeros grandes
éxitos de la próxima temporada 1926-27

La fiera del mar

por JOHN BARRYMORE

El último correo

por VERA REYNOLS

Un disparo en la noche

por IRENE P.

La terrible coqueta

por PAULINA C.

La enemiga de los hombres

por DOROTHY REVIER

Cuando el amor nace

por CLARA BOW

Si no los tiene usted, pídalos hoy mismo a

BIBLIOTECA FILMS

Valencia, 234 • • BARCELONA